

# El crepúsculo del Real Madrid

Me acuerdo de la cara de sufrimiento que ponía mi vecino de mesa de café durante la retransmisión televisiva del partido Real Madrid-Barcelona, el último domingo, a medida que iban cayendo uno tras otro los cinco fatídicos goles. ¿Cinco goles al Madrid en su propio estadio? No se recordaba por aquí una derrota semejante. Habría que remontarse, que sé yo, al desastre de la Invencible para encontrar un parangón a lo que aquí ha pasado.

Decidí presenciar el partido por televisión en un café del barrio de Cuatro Caminos. Pero, a fin de ver lo que se llama el ambiente, estuve dando un paseo por los alrededores del Bernabéu antes de comenzar el encuentro. Era el clima de siempre, el clima de los partidos importantes entre el Madrid y cualquier otro equipo capaz de desplazar una masa de seguidores. Sólo que con los colores azulgrana. Existe una potente industria de confección para "hinchas" que produce bufandas, gorritas, echarpes, pañuelos, con los colores de todos los equipos. Y que produce también escudos, banderas, banderines, pipas con pito, flautas, pitos gigantes, panderos y otros instrumentos ruidosos. Los diseñadores de modas para "forofos" ofrecen a menudo "novedades" en esta boutique callejera de los puestos. Últimamente vengo observando que la clásica gorra blanca, o azulgrana, o blanquirroja, ha venido siendo desplazada por unos gorros con pon-pon, muy al estilo suizo, que dan a los partidarios de los equipos un cierto absurdo aire de esquiadores.

Había menos gente que otras veces, sin duda debido al hecho de que el partido iba a transmitirse en directo por televisión. Pero no faltaba el color de las "peñas", con sus grandes banderas y pancartas, las largas colas de muchachos con distintivos madridistas o azulgranas, anunciando a toque de trompeta la victoria de su equipo. En materia de venta de bocadillos anoté una novedad digna de mención. Un vendedor los había rotulado: "Kungs-Fus de jamón", "Kungs-Fus de queso". Le pregunté por qué, y entonces esbozó en el aire el ademán de karate que hace Kwai Chang cuando lucha con sus adversarios y dijo: "Es que los cobro así".

En uno de los puestos de la calle había un tocadiscos en el que se escuchaba el Himno del Real Madrid. Vendían también el disco "Himne del Barça", que en la cara "B" lleva una vieja sardana que estuvo largo tiempo prohibida: "La Santa Espina". Muchos seguidores del Barcelona, estoy seguro, se quitaron la santa espina con los goles del domingo. Cinco goles al Real Madrid en su campo, ¡qué estupendo sucedáneo para las aspiraciones catalanas! Era como si el Barça hubiera hecho morder el polvo al centralismo.

Todos los madridistas que compartían conmigo el "salón" del café donde estaba instalado el

televisor estaban de acuerdo en afirmar que el gran fútbol que hoy practica el Barcelona se debe solamente a Cruyff. "Lo que pasa es que este muchacho es un fenómeno", decían cada vez que el Madrid "encajaba" un nuevo gol. "El año pasado, el Barcelona tenía el mismo equipo menos Cruyff y no hacía nada". Pero uno que llevaba en la solapa una insignia del Atlético de Madrid murmuraba por lo bajo para hacer sufrir a los madridistas: "Sí, pero es que son cinco goles. Y vosotros tenéis al otro fenómeno, Netzer". Era un café venerable este de Cuatro Caminos en que había entrado para ver el partido. Un local inmenso que tenía en la planta baja un gran salón con azulejos y artesonado de estilo, como suele decirse, moruno, con veladores de mármol y bancos tapizados de pana oscura, lleno de parejas de novios con aire de pasar allí, domingo tras domingo, ante el café con leche, sus largas relaciones. En el

## SILLA DE PISTA

extremo del mostrador, sobre el cual podía verse un completo muestrario de la "bollería" madrileña, había un cartel escrito a mano que indicaba que en el piso de arriba estaban los salones dedicados a "TV y Tertulia". Era un café viejo, envejecido, caduco, aquel de Cuatro Caminos, con los espejos de la escalera medio rotos y las paredes desconchadas. Arriba había una puerta giratoria pintada de verde que daba paso a un salón grande con veladores y sillas de vieja oficina. El hombre triste que se sentaba en la mesa que estaba a mi derecha me miraba compungido, como en un velatorio. Sólo

una vez gritó, con un grito que sonó a algo parecido al entusiasmo: "¡Gol!". No se había enterado, por el ruido que había en el local, de que el locutor había dicho que el tanto del Real Madrid no era válido porque el árbitro había pitado previamente fuera de juego. Detrás del hombre triste había un matrimonio con aspecto pueblerino. No abrieron la boca en toda la tarde, pero tanto la mujer como el marido mostraban por los gestos de su cara y los movimientos de su cabeza un infinito asombro por lo que estaba ocurriendo. No daban crédito a aquella lluvia de goles que estaba cayendo sobre el equipo más prestigioso de España. Había también, en un grupo de hombres ya maduros que parecían formar una tertulia de habituales a las retransmisiones futbolísticas de los domingos, un tipo alto y fornido, de cabello rubio y vestido de azul marino, que llevaba una insignia de la División Azul en el ojal. Cuando, mediada ya la segunda parte del encuentro, se iba configurando la goleada, comentaba con masoquista ironía: "¡Hala, más goles, más goles!".

Se comentaba la desastrosa marcha del equipo en estos últimos tiempos. No se trata de la goleada que en esta ocasión ha sufrido. Desde hace tiempo se oye preguntar: "¿Qué le pasa al Real Madrid?". Todo el mundo se muestra muy extrañado de lo que le ocurre al Real Madrid, como si a este equipo de gloriosa historia no pudiera ocurrirle lo que a cualquier otro equipo. Don Santiago Bernabéu, sobre cuya posible dimisión se especulaba ya el domingo después del partido, atribuye siempre las derrotas de su equipo a la animadversión de la gente y a lo que él llama el derrotismo de la prensa. "¡Quiéren vernos en Segunda División!", exclama don Santiago. "¡Estarán contentos ahora que perdemos!". En el homenaje tributado recientemente a Miguel Muñoz —no estuve el domingo en el campo para saber si pidió la vuelta de Muñoz ese grupo de socios que siempre la pide— se pregaron las pasadas glorias del club, sus ya lejanos trofeos nacionales e internacionales. La entidad deportiva que proyectó hace poco tiempo la muy triunfalista Torre del solar del Bernabéu, no se apea de su triunfalismo. Ahora están de moda los crepúsculos. Tras el crepúsculo de las ideologías, vino el crepúsculo de los

tecnócratas que creyeron en el crepúsculo ideológico. Con el crepúsculo del fútbol ha venido el crepúsculo del Real Madrid. El ex divisionario de que antes hablaba resumía en el salón del café de Cuatro Caminos la situación cuando, dirigiéndose a sus compañeros, les decía en voz alta una frase que era una "joya" en su boca: "Si es que no sé ser, hombre. Hay que renovarse. Eso, ¡renovarse o morir!".

■ LUIS CARANDELL.

